

casos ejemplos de poema narrativo de esa categoría lírica con que cuenta nuestra tradición; en *El contenido del corazón* se inventa Rosales, como muy bien señala Félix Grande en el prólogo a esta edición, un nuevo género a caballo entre la poesía, la narración y el ensayo filosófico, un nuevo género que participa de casi todos pero que es, en primer término, emociones y asombrosa poesía; *Rimas*, más irregular, contiene poemas —el que abre el libro, «Autobiografía», sin ir más lejos— que han quedado en la memoria colectiva de los lectores como una cumbre; *Diario de una resurrección* es uno de los libros de poesía amorosa más intensos y personales que se hayan escrito en la historia de la poesía española», y *La carta entera* me parece uno de los proyectos poéticos más ambiciosos que se han emprendido en este siglo en nuestra lengua, comparable a las grandes obras de Neruda, con sus defectos, sus excesos y su innegable grandeza.

Fue Rosales un poeta excepcionalmente dotado que muy bien podía haberse acomodado en la tradición, renunciando a riesgos y a posibles naufragios, sin embargo lo que hace es asentar el pie en esa firme tierra para saltar más allá, para inventarse un estilo inconfundible que como cualquier estilo inconfundible es la suma personalizada de otros muchos, desde el barroco hasta Vallejo, desde Garcilaso hasta Neruda. Para reconocer un poema de Rosa-

les, sus lectores no necesitamos de la firma, su firma es una sintaxis determinada, un vocabulario completamente propio, una serie de símbolos que se repiten y vertebran su obra de principio a fin, un determinado muestrario obsesivo de temas pero, sobre todo, de enfoques de esos temas, su firma es una revolución dentro de la poesía española contemporánea que aún no ha sido suficientemente estudiada y valorada.

La poesía de Rosales consigue algo difícilísimo: narrar dentro del poema por extenso, perderse momentáneamente en digresiones filosóficas a mitad de una estrofa e incluso internarse en los dominios del ensayo —véase *La Almadra*— sin que su discurso pierda un ápice de intensidad poética, y esto se consigue a través de un lenguaje que es continua sorpresa, que es continuo sobresalto, pero sobresalto destinado a llevarnos más lejos, no a quedarse en la mera pirueta que fueron las vanguardias. Rosales aprende como nadie la lección de las vanguardias y pone esa lección de libertad expresiva al servicio de la expresión, enmendando el error, típicamente vanguardista, de poner la expresión únicamente al servicio de la libertad expresiva. No creo que haya un poeta español en todo este siglo mejor dotado para la imagen de corte irracional, y por tanto de herencia surrealista, que Rosales; la capacidad de precisión y a la vez de sugerencia que tienen sus imágenes, el nivel de be-

lleza y de comunicación que consigue a través de ese procedimiento que vertebra todos y cada uno de sus poemas me parece realmente admirable.

Otro de los géneros que amolda a su imagen y semejanza y en el que consigue sus más altos logros es el del retrato físico-psicológico de los personajes que aparecen en sus poemas. Las descripciones que Rosales hace de esos personajes, que son los que habitan la gran casa de su poesía y la de su vida, merecen capítulo aparte, porque lo que en otras manos suele ser mero trámite para el desarrollo de la acción o la comprensión de la misma, en las suyas se convierte en belleza y emoción inigualables, en verdadero objeto del poema.

Podría decirse que el amor que siente Rosales por el idioma le lleva, en lugar de subirlo a un pedestal para adorarlo desde el temor y la reverencia, a copular constantemente con él, tratando de obligarlo a entregarse y a dar lo mejor de sí mismo en cada verso, y esa mutua entrega que a algunos puede parecerles impudorosa y excesiva a mí me parece, en la mayoría de las ocasiones, un espectáculo del todo fascinante, un idilio apasionado y hasta obsceno del que han salido las mejores páginas del poeta.

La enumeración de todas y cada una de las virtudes y singularidades de la poesía de Rosales exigiría un espacio del que no disponemos; baste constatar que en su obra, como en muy pocas más, la

originalidad no ahoga nunca la trascendencia, la originalidad es simplemente el modo propio de expresarse de quien ha encontrado en la tradición su propia voz, de quien precisa nuevos modos para expresarse certeramente y por extenso, de quien consigue hacernos olvidar las más prescindibles convenciones poéticas para instalarnos de un golpe en el reino de la más absoluta libertad creadora, pero siempre con la intención de aportar algo a la vida, al corazón, a través del ejercicio de ese oficio milagroso que es en él la poesía. Se le podrá acusar de exceso, de incontinencia; se le podrá reprochar cierta tendencia al poema de ocasión —siempre dentro de una dignidad y un respeto absolutos—; podrá incluso achacársele algún libro decididamente prescindible, pero la lectura atenta y desprejuiciada de sus mejores libros —*La casa encendida*, *El contenido del corazón* y *Diario de una resurrección*— basta y sobra para situarlo entre los más grandes poetas de este siglo. Ojalá la publicación de su poesía completa sirva para abrir los ojos de algunos despistados: una vez que entren en esa casa hospitalaria que es toda su obra, esa casa llena de cuartos comunicantes y de luz, nunca más sabrán salir de ella. Quizá la puerta de algunas habitaciones ofrezca alguna resistencia de principio; no desfallezcan, les aseguro que pocos esfuerzos merecen tanto la pena.

Vicente Gallego

El precio del espanto*

Una nota humorística a lo mejor puede resumir (mal) una novela sin humor. Por esta novela sobre el asesino de la niña Fátima y un inspector endurecido en las calles de Bilbao planea una desproporcionada dosis de sentimentalidad melodramática. Pero todo puede virar hacia la humorada cínica si se reconoce como última lección que no hay que fiarse de los curas, ni siquiera cuando los curas tienen el pedigrí notable del padre Orduña, que es decir el pedigrí resistente y rojo del padre Llanos en el Pozo del Tío Raimundo. Yerra y yerra dolorosamente este cura en su idea de que un asesino lleva escrita la maldad en la cara, en los ojos, pero lo peor de todo es que hace errar al novelista con ese recurso técnico cuya mera repetición crispera los nervios por la magnitud del absurdo. El narrador se deja llevar hasta muy avanzada la novela por una retórica de lo obvio, del espanto obvio, enfatizado y sobrecargado, con brotes naturalistas que pugnan con las imágenes descarnadas de algunos desaprensivos *shows* televisivos o una cierta novela de género. Y todo ello para hacernos comprender lo evidente, la maldad intrínseca del asesinato de una niña, cuya misma naturaleza espantosa conduce al narrador a demasia-

das páginas ateridas de espanto pero redundantes por definición.

Pero ya dijo, me parece que Santos Sanz Villanueva, que en esta novela hay varias novelas. Yo veo solamente dos pero efectivamente mal conjuntadas por la precariedad narrativa de la que cruza el libro entero, es decir, la búsqueda del asesino. La otra se hace más interesante y sólo empieza a cobrar consistencia narrativa cuando se abandona esa enfadosa retórica de lo espantoso (enfadosa en el contexto de la novela, en su economía interior e intención, aun cuando cada una de sus páginas y cada uno de sus párrafos son siempre excelentes). Cuando eso se atenúa empieza con lentitud muy de Muñoz Molina, con la delicadeza profunda de un narrador espléndidamente dotado, la otra historia privada de este libro, la que relata los avatares sentimentales de una mujer sin espacio suficiente para crecer del todo en el libro, la maestra Susana Grey y su relación abocetada con el hijo. El propio inspector revela no mucha mayor entidad de personaje pero sí pliegues de su propia conciencia y de su vida que lo levantan por encima de donde estuvo, es decir, por encima del espanto paralizante ante la devastación ocasionada por un frustrado violador y asesino. Se le supone alguien curtido porque llega a esa pequeña ciudad de una provincia del sur, olivarera, tras doce años

* *Antonio Muñoz Molina, Plenilunio, Madrid, Alfaguara, 1997, 485 pp.*

de bregar contra los etarras en Bilbao (los mismos que en una secuencia muy visiblemente programada intentarán terminar con su vida sin lograrlo). Y sin embargo es su relación aturdida con Susana, su dolorosa situación de marido asqueado por una esposa hospitalizada de los nervios, la que lo hace participar más activamente en la lógica secundaria de la novela.

Se le ha reprochado a esta novela alguna página de más –por ejemplo la confesión del inspector ante el padre Orduña, tan irritantemente superficial de carácter, tan bondadoso y patriarcal, tan poco autocrítico pese a las apariencias– pero a mí todo eso no me sobraría en absoluto si estuviese al servicio de un ejercicio de comprensión y conocimiento humano de alguna mayor envergadura. Esto se ve palpablemente en dos de los mejores personajes de la novela y los que mayores posibilidades narrativas poseen para mí: Susana y el propio asesino. Pero incluso en ellos se hace todo demasiado mecánico por su propia dependencia de la trama, por la dificultad de darles todo el espacio que necesitaban para expresar su posible complejidad. El pasado de Susana queda explicado sólo por ella y la credibilidad de su retrato del ex-marido queda muy mermada por la involuntaria caricatura que resulta. Es divertido reconocer al tipo de progresista años setenta, pero tan previsible, tan elemental es ese retrato que es demasiado obvio su carácter de mero frontón dialéctico y narrativo

para levantar a nuestros ojos, y a los ojos del inspector, a esa maestra sugestiva y poderosa.

Más grave es todavía el caso del frustrado violador y asesino porque ahí las dificultades se multiplican. Cuando uno está ante una novela de Muñoz Molina puede aspirar tranquilamente a aprender mucho sobre la condición humana, sobre el autoengaño y el doblez de las personas, sobre su peligrosa apariencia, sobre la naturaleza oculta de tantas conductas y tantas fiebres. Este violador es demasiado plano para ser de Muñoz Molina, como lo son la mayor parte de los personajes, más próximos a un cierto esquema mítico, a un cierto plan probatorio, que a un verdadero desarrollo y análisis psicológico (cuya necesidad está en la raíz más honda de esta novela). A mí me resultan muy poco creíbles sus reacciones privadas, su mirada al interior doméstico con sus padres, me resulta poco creíble su propio lenguaje y hasta a veces, ante tanta fijación obsesiva en la maldad por parte del inspector, me acabo casi poniendo de parte del violador, que no es tan mal chico a la vista de la familia que lo está cociendo a golpe de concursos televisivos y de vulgaridad. Su mejor momento, y es otra exhibición de gran narrador, porque Muñoz Molina lo es, está en ese ciego desafío social y moral, esa retadora voluntad de vencer a la ley y el orden, esa frialdad enfermiza con que logra zafarse del riesgo en sus arriesgadas excursio-